EL PRÓLOGO DE SAN JUAN

Dr. Carlos A. Disandro

1

Si se acepta la connotación categórica del Prólogo de que el Logos es "la luz la verdadera" (*to phoos to alethinón*) y si el mismo texto de San Juan es el testimonio empírico más cercano de la Encarnación, corresponde pues instalarse en esa luz, advertir el contorno que nos ciega como tiniebla irrestricta, deducir las notas de nuestra navegación en un mundo que excluye la recepción del Logos.

El venerable texto de San Juan, como todo texto insigne, ha vivido paradójicas y dramáticas contradicciones, mucho más intensas éstas del Evangelio, porque además transcurren en las contradicciones de la Iglesia y muchos mayores aún porque se refieren a aquella instancia no afectada por ninguna contradicción: la vida intradivina. ¿Cómo podríamos entender entonces la multisecular historia del Prólogo?

Desde los días de Éfeso o Patmos hasta estas coyunturas inciertas de los hombres, de la inteligencia y de la Iglesia, el Prólogo ha sido convivido en el culto, interiorizado en la contemplación, desplegado en el análisis teológico, ofrecido como compendio de la más sublime revelación trinitaria, recapitulado en los inicios de la filología, invadido por el racionalismo crítico, crucificado por los doctores que demitifican y finalmente excluido del culto, donde tiene en realidad su marco exultante, desde donde asume la sufriente historia de los hombres en tiniebla.

¿No es acaso esta curva copia de la curva viviente del Logos Personal Teándrico, asumido, contemplado, exaltado, crucificado? En los aledaños del decimonono centenario de aquel minuto en que brotó de los labios, indescriptiblemente poderosos del Apóstol; en que bajó a los signos griegos como copia de la Encarnación Teándrica, es decir, por única y absoluta vez; en que recitado entrañablemente por la comunidad de los discípulos de San Juan, resumió en la resonancia helénica de Éfeso, ciudad helénica del Logos, la vasta memoria de la deidad, el vasto despliegue del cosmos inviolable, el abismal empeño de un hombre conmovido por el gesto misterioso de la Santi-

dad que al hacerse intramundana restituía el motivo fundante de la Beatitud; en estos aledaños pues de diecinueve siglos densos, en esta América excluida *ab initio* del imperio del Logos, en esta Argentina contradictoria y sublime, edificada muchas veces contra el Logos, pero que por misteriosa referencia trinitaria pugna por ser asilo del Logos ¿no conviene acaso reiniciar las audiencias celestes, mientras los clérigos corruptos dilapidan la Iglesia, destruyen sus símbolos, oscurecen y anulan su culto, en fin expulsan y crucifican el Logos?

De los dos rumbos elegidos en la construcción del Instituto, que hoy está a las puertas de su primera década enigmática, cuestionable, contradictoria (como toda obra de los humanos), pero empeñosa en afirmar la insondable realidad de los Misterios Celestes –contemplados, convividos, inteligidos– San Benito es el artista de la audición trinitaria, en el *obsculta o fili praecepta magistri et inclina aurem cordis tui*. Es el universo inderogable del oído, tantas veces rememorado e interiorizado en nuestros diálogos. Escuchar e inclinar el oído del corazón, sin lo cual toda ciencia es estéril, vana, farisaica; es el trámite del Logos en el recurso magnífico de la romanidad, que tanto empeño otorga a nuestras oscuras fuerzas americanas.

El segundo nombre es el magno y augusto Cardenal Cisneros, el del Imperio que impera con fuerza dirimente y constructiva, que construye porque crea, y crea porque intelige en la plena humanidad franciscana. Es el que junta con la misma autoridad la buena gramática y el buen vino, como preludio del magno texto de la deidad y de la sobria inebriación de los misterios beatíficos. Es en fin la Filología como amor a lo proferido, al Logos histórico, al Logos eterno, al Logos encarnado del que revela San Juan. Es la Filología como inteligencia concipiente y crítica, la que deroga los muros históricos, abate los repartimientos derelictos, hace resplandecer en un texto el Logos fontal de los orígenes absolutos, y en la fluencia irrestricta de los fenómenos define la radicación inviolable de la Beatitud.

¿Podemos pues desde el magno Cardenal filólogo, desde San Benito, artista del Logos auscultado, retornar a San Juan, que vio y oyó, e insumió videncia y audiencia en el templo del oído, en el Prólogo que es el aula diáfana, sonante en el sonido de la deidad, resonante en los misterios unitriádicos, consonante por el abismo de la divino-humanidad de Cristo? ¿Podemos desde el magno Cardenal, americano para nosotros, insumir a América en el sacro saber de la Filología, y desde San Benito desplegar la virtud operativa de la plegaria coral en el desierto de la pampa barroca, a fin de recuperar la vastedad del Prólogo joánico y en ella descubrir al fin el

misterio de la Iglesia? ¿Puede alguna generación americana afrontar la vasta remoción de los obstáculos mundanos, sin caer en la rebelión alienada, y puede proponer un rumbo de inteligencia constructiva sin deponer el rigor de la inspiración conmovedora?

2

Pero oigamos más de cerca el contexto del Prólogo y advirtamos el repartimiento de sus espacios transmundanos, divino-cósmicos, humanísimos y sublimes. En el inengendrado océano de la deidad, en el misterio del vínculo con los hombres, tres fervorosos e imponentes acantilados remansan el fragor de las ondas, les dan sonoridades humanas, las sustraen a las tempestades interiores. Son como tres signos misteriosos que guían y alumbran bajo estrellas ignotas, tres profericiones de una melodía infinita, accesible al oído y después a los ojos. Esos tres acantilados en que se rompe el oleaje de la deidad son, en griego, tres palabras densas: *arkhé, sarx, kolpos.* Las tres definen el rumbo integrador de la curva mística del texto y reparten todos los espacios semánticos posibles, todos los espacios cósmicos, todos los ámbitos históricos, todas las historias acontecidas en el mundo, todo acontecer personal en esa historia. ¿Qué podría pues quedar afuera?

De *arkhé* a *sarx* el ritmo del descenso reasume la misteriosa presencia del hombre, su misterioso imperio caduco y corrupto, su misteriosa corona abatida y violada ante el llorar impotente y silencioso de los ángeles. De *sarx* a *kolpos* el ritmo del ascenso recapitula, entreabre, revela y transfigura. Más allá de ese límite o de ese acantilado, sobrecoge un vasto silencio trinitario, la presunción de una vida siempre originante-originaria, el fervor de una absoluta frescura que se adentra y se adensa en el frescor inengendrado y puro, fontanar de todas las obumbraciones, absoluto decurso de la lumbre, *lumen de lumine.* Pero allí, según San Juan, habita ahora el hombre en la humanidad de Cristo, están las raíces del hombre y la sublime denotación de la Santidad, como un espacio mayor que envuelve la entera creatura, como una lumbre que liga la beatitud trinitaria y la *diakósmesis* eterna de los astros.

Arkhé es como el oro, fundamento de todo lo que es physis, recurso de toda búsqueda, todo poder, toda ciencia. El misterio del oro que advirtieron los antiguos, que signaba el fervor del alquimista, que sustenta la tensa expectativa de los centros satánicos, sabedores del oro, prontos ya a poseer el mundo. Pero *arkhé* es también el oro que depone el rey Manzor a los pies del Niño, frágil

y divino, en la gruta soledosa y entrañable: allí la *arkhé* cósmica –el oro– reingresa en la *arkhé* trinitaria del niño, y el mundo es entonces expectativa de la transfiguración; la *arkhía* concentrada en el oro reposa en el niño, sacerdote y rey según el orden de Melchisedec, o sea, según un absoluto origen transhistórico.

Sarx es la mirra de las inhumaciones dolorosas, del linde oscuro de la tumba. Develada en la misma gruta del oro refulgente, es ahora signo de contradicción y de tiniebla. *Sarx* es una potencia dirimente que lo trueca y deriva todo en tiniebla, contrapuesta a *arkhé* que todo lo gobierna por el principio fundante, el oro de las anunciaciones.

Kolpos es, en fin, el incienso de las interiorizaciones divinas: el vegetal de la mirra, cuyo perfume es unción de las raíces, reclama el vegetal del incienso, cuyo perfume es cautela de los puros, indagación de los ángeles, descubrimiento del océano divino. Ante el Niño y su Madre la mirra es potencia incontrolada de la sombra, *potestas tenebrarum*; el incienso libre transfiguración odorífera, que siendo del cosmos y del hombre se abre para el misterio teándrico.

Toda la tradición coloca sin embargo los dones simbólicos de Oriente en la serie *aurum thus myrrham*. Así lo dice el Evangelio de San Mateo (cap. 2): *et apertis thesauris suis, obtulerunt ei munera aurum thus et myrrham*, prenotado en el texto de Isaías (c. 60):

omnes de Saba venient aurum et thus deferentes. La interpretación simbólica se resume en el himno de Laudes, que presenta curiosas alternancias recapitulatorias.

Ana Catalina Emmerich en su relato sorprendente describe primero al rey Manzor que buscaba la verdad, dice, con celo perseverante e infatigable. De entre los tres Reyes Magos se adelanta y ofrenda el oro a la Verdad que es el infante misterioso, el reino de la Verdad en la frescura indescriptible del Pesebre. Luego el rey Seir, que escrutaba los signos de la divinidad, el misterio de su manifestación inderogable, ofrenda el incienso, a la deidad oculta en la débil presencia del Niño; en fin Theokeno, el más anciano, el de contradicciones más humanas, el de las pasiones vencidas, ofrenda la mirra, a esa frescura imborrable del infante, que esconde sin embargo la oscuridad de la tumba y la contradicción de la Cruz.

Ahora bien, este es el orden incoativo y profético de los reyes, más cercano y pleno que la proferición de Isaías, que no anuncia el perfume de la mirra dolorosa. San Juan, en cambio, es testigo de la muerte y resurrección de Cristo, y reordena pues los lapsos divinos y humanos, partiendo de la *arkhé* –el oro fundante– pasando por la tiniebla de *sarx* –el sabor de las amargas raíces de la mirra– culminando en el incienso, el odorífero signo de la Transfiguración definitiva, el misterio del *sinus Patris*, en que todo abismo es apenas superficie del abismo, en que todo rostro es apenas fulgor de un rostro inalcanzable, en que todo incienso es fugitivamente onda de un incienso que ignifica sin ser ignificado. ¿Qué podría pues faltar en este ciclo de San Juan?

3

Hemos peregrinado por los símbolos originarios, por las cosas que refieren la deidad con puntual llaneza conmovedora, por el ritmo con que San Juan interpreta el inalcanzable ritmo del océano divino. Ahondemos brevemente los conceptos y anudemos así esos símbolos con el sacro saber de una teología que es, según los Padres griegos, inhabitación del Logos en la Iglesia.

¿Qué es *arkhé* para San Juan? En el principio creó Dios el cielo y la tierra; en el principio era el Verbo. Estas dos sentencias resumen sin duda la contemplación de los misterios divinos, en el soplo configurante de un griego descriptivo y teológico. Creo que es San Agustín quien define la categoría de *arkhé* en el Génesis, afirmando que esa frase *in principio* quiere decir en el Verbo, en el Logos creó Dios el cielo y la tierra. Y San Juan retomando sin duda la

resonancia de la traducción de los LXX, dice: *en arkhé en ho logos*. Entonces en el logos era el Logos. No es una tautología; por el contrario es la afirmación nítida, entitativa del misterio del Logos, que incluye por tanto toda arkhé posible o real, y entre éstas gobierna lo que nosotros llamamos creatura. Por eso se dice luego *pros ton theón*, en la referencia entrañable de la deidad no-monádica, y se agrega que es Dios. En este párrafo está apartada para siempre la divinidad infecunda y monádica, lo que significa en la historia del espíritu humano la más vasta revolución evangélica. En este párrafo adviene el pleno desocultamiento de la esencia divina, que sigue sin embargo incluida en el misterio más denso de la vida trinitaria.

Tres niveles intuiríamos en esta *arkhé* de San Juan: el abismo insondable del Padre que sólo el Logos recorre. Es la *arkhé* como fuente, el misterio de la deidad fecunda, el desocultamiento de la vida trinitaria. *Arkhé* patente sólo al Logos y al Espíritu, en el misterio de la paternidad.

Luego la mismidad incambiable del Logos, aunque su connatural apertura al hombre podría restringirla. Esa mismidad lo hace incardinar en el misterio del Espíritu y en el misterio de la creatura. Es el misterio de la filiación.

Por último la *arkhé* que implica la distinción esencial entre el misterio de la fecundidad intradivina y su economía extradivina, lo que ahora llamamos por comodidad la creación. Es el misterio de la donación, que hace posible sin embargo la realización histórica del teandrismo.

Desde estas sublimes profundidades bajamos a *sarx*. Oímos entonces el rumor de tempestades innúmeras, que adensan la oscuridad en el rigor del abandono. Es la total tiniebla que levantan los vientos marinos según describe Sófocles en un texto insigne de *Antígona*. En el paraíso había Vida pero no carne; vida biológica pero no carne; vida histórica pero no carne; regimiento del hombre sobre los hombres y el mundo pero no carne. ¿Cuál es pues el misterio de *sarx*, contrapuesta a la triple exultación de la *arkhé* del Logos?

Cualquiera sea, observemos que San Juan no dice: *et homo factum est* sino *et caro factum est*. Serán las controversias teológicas hasta el Concilio de Nicea, las que ajustarán la semántica de la Fe y el Símbolo dirá entonces:

> τὸν δι' ἡμᾶς τοὺς ἀνθρώπους
> καὶ διὰ τὴν ἡμετέραν σωτηρίαν
> κατελθόντα καὶ σαρκωθέντα
> ἐνανθρωπήσαντα.
>
> *Qui propter nos homines*
> *et propter nostram salutem*

descendit et incarnatus est
et inhumanatus est

Sarx es el misterio de la autoposesión, la mismidad evolutiva y gnóstica contra la mismidad fontal y fundante, el misterio de la realización intramundana contra el misterio de la paternidad difusiva, en fin el misterio del acopiamiento integrativo contra el Don que funda porque comunica. San Juan en audaz contraste de la letra sonante enfrenta *logos* y *sarx*: *et Verbum caro factum est*. Cada palabra es densa y significativa en este denso versículo 14, que es la zona de inserción de la parábola en el misterio de la sombra. *Kai*, *et*, es el giro recapitulatorio; el artículo griego *Ho* define y anticipa la presencia de los "rostros" trinitarios; *logos* retoma el inicio melódico, que se enfrenta ahora a *sarx*, después de haberlo connotado como Vida, Luz y Verdad. Podemos decir del Logos que es Vida, que es Luz, que es Verdad. No podemos decir que es carne, pero sí que es hombre. Por eso convivió con la carne, se insertó en la tiniebla de la carne, de la que extrajo con refulgente potencia constructiva, la potencia del Logos, un hombre que desde *sarx* sube al entrañamiento divino y lo hace patente al cosmos y a los ángeles.

Finalmente *kolpos*, la mística del *sinus Patris*, que nos propondría la *arkhé* pero sobrelevada, misteriosa, infinitamente enigmática. Al término abstracto *arkhé*, al vocablo designativo *sarx*, sucede la culminación de una poderosa imagen que gobierna la entera semántica trinitaria. El oro fundante fulge en el fuliginoso ardor de las tinieblas, y siendo *arkhé* inconcusa se sublima nuevamente en la manifestación trinitaria. La mirra oscura y amarga conquista para el hombre el territorio de la transfiguración enardecida. En fin, el incienso misterioso, enigmático y sublime preanuncia la beatitud en la beatitud, la revelación en la revelación, la luz en la luz, la música en la música, juntando el ciclo sonante, resonante y consonante, para abrir una música no pulsada, una luz no entrevista, un velo no apartado, una beatitud no manifestada. Y otra vez sonante, resonante, consonante anuda el ciclo a otra música, otra lumbre, otra revelación beatífica. Y así de cosmos en cosmos, de ángel en ángel, de eón en eón inalcanzable y secreto, siempre la novedad sorprendente, siempre el asombro divino, siempre la entrañable exultación de la esencia patente cada vez más sublime.

4

¿Qué coloca San Juan entre *arkhé y sarx*, entre *sarx* y *kolpos*? Desde cada uno de esos vastos acantilados que emergen como límí-

tes semánticos en el océano del sentido, es decir, en la inmensidad del Logos, haríamos el recuento de las infinitas resonancias en la línea del descenso (*katelthonta*, dice el más antiguo símbolo conciliar de la Iglesia) y las no menos infinitas consonancias del ascenso (*anelthonta*, dice el símbolo de Nicea), articulando una curva total que de la entraña de la deidad retorna al misterio del abismo divino ya descripto: de música en música, de lumbre en lumbre, de beatitud en beatitud. Sólo subrayaré algunos términos y algunas imágenes.

En el primer segmento de la curva destácase Vida (*Zoé*) y Luz (*Phoos*) que definen de antemano toda la orientación de la teología cultual o litúrgica, toda la teología de los Padres, toda la reflexión de los grandes concilios griegos. *In ipso vita erat*, o sea, en *arkhé*, *en logoo*, es decir, el Logos es Vida. Todo el anhelo de los antiguos, toda la intuición de los poetas, todo el horizonte profético de todos los hombres, ingresan en esta aserción. Por esto la Vida es un principio divino comunicado al mundo por el Logos: como una fuente de la que brota un eterno y diáfano fluir, vista no en el ensimismamiento raigal, sino en el decurso irrestricto; no en la fijación de las formas, sino en la creación de las formas.

En el primer miembro *Zoé* es predicado sin artículo; en el segundo es sujeto con artículo y el predicado es *to phoos* (con artículo). No nos vamos a detener en esta sutil y misteriosa estilística teológica, patencia sobrecogedora del océano divino. Ausencia y presencia del más modesto término gramatical abren inesperadas audiencias contrastantes, o insumen vertiginosos paisajes sin término y sin ocaso. La gramática, sierva de la teología; la teología, sierva de la poesía; la poesía, exultación musical de la entraña trinitaria. Pero ¿quién en América amó la gramática de San Juan, la teología de San Juan, el arte de San Juan, la poesía misteriosa que en un solo silencio musical define la exultación de la Vida en el Logos?

Aparece en fin la imagen de la luz. *Arkhé*, *logos*, *zoé* son horizontes especulativos que descienden hasta el remanso de la vida, y ésta es articulación con el mundo de la luz. Pero todo es el Logos. Empero cuando dice "luz" ha sido creado el mundo nuevamente, y ante esa aurora innovante, como la primera y magna aurora de un mundo inocente, despierta el asombro originario, la plegaria incircunscripta, el silencio misterioso que vive de la luz. Detenemos la audición del contexto, o la lectura de la sacra página en penumbra. Un vasto resplandor nace siempre desde dentro del texto o del alma, desde dentro del astro o del viento, desde dentro de cada palabra proferida o recoleta en cada alma abierta por una cruz enigmática, por un silencio misterioso y compartido. Un vasto fuego constructivo regenera toda ciencia, e incluso en la muda ceniza co-

tidiana un imprevisto fuego tierno más poderoso que la tempestad de la muerte anuncia el fervor de todos los encuentros, el encuentro de todos los rostros, el rostro de todas las esencias asumidas y nostálgicas. Aras y altares resplandecen nuevamente, porque esta luz del Verbo crea al fin la existencia del fuego incircunscripto y compartido, del fuego sin codicia, abismo de una llama que funda y que libera.

Pero la vida –dice el texto– era la luz de los hombres: un nuevo horizonte reabre la reverberación de la luz, pues es ahora la "luz inteligible", aquélla de que es copia y reflejo la luz cósmica. Pues el mundo es luz y música, como quieren los magnos helenos, porque está implicado e inserto en la luz inteligible, implicada a su vez en el Logos que es Vida. En los fuertes contrastes del Prólogo defínese con un rigor sin concesiones la polaridad de la tiniebla, pues *to phoos en te skotía phainei*. Pues la propiedad de la luz es irradiar y replegar la tiniebla; la propiedad de la tiniebla es la clausura, la restricción, la fractura, el rechazo. Por eso agrega la sonancia griega *kai he skotía ou katélabon*.

Las escalas descendentes describen ciclos totales: *arkhé* como vínculo de todo con todo, en una raíz siempre más relegada y profunda; *zoé* el principio fontal que comunica vida y es vida; *phoos*, la luz inteligible y cósmica que resulta el contexto audible y visible de la beatitud; en fin la *skotía* que circunda a su vez el ámbito que inhabita la *sarx*, según los caracteres ya definidos. En esa escala descendente San Juan nos entreabre el misterio de la tiniebla y de la carne, cuando habla de una *thélema sarkós*, que sería el centro de esta katábasis: hacia allí desciende el Logos, y viene entonces la primera sentencia del vers. 14: *et Verbum caro factum est*. Conviene puntualizar que la *voluntas carnis* es un orden espiritual, profundamente tenebroso y trágico. Conviene puntualizarlo para confundir a los gnósticos, pasados y presentes, a los éticos de todas las sectas y de todos los gestos que todo lo reducen al sexo, corrompiendo el mismo sexo que dicen proteger con la ley ineficaz que ellos mismos cambian; a los moralistas que olvidaron el gran principio teológico que la ley es impotente para construir el hombre, según la disyunción que hace San Juan al final del Prólogo; a los fariseos que rodean el altar para impedir que vivamos de la carne del Hijo de Dios. Terrible cosa que tendrá terrible respuesta sin duda.

5

Contemplemos ahora el océano desde el oscuro acantilado de

sarx hacia la ruta en ascenso que lleva hasta la ciencia del *sinus Patris*, la gran mística de San Juan.

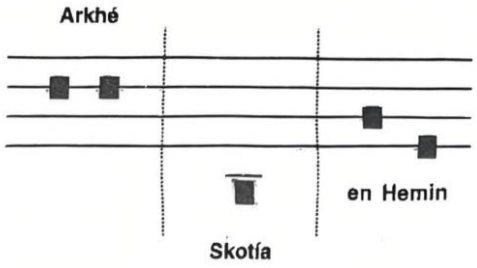
Desde la tiniebla, el fragor de la desarmonía y la discordia arcangélica y humana, nos encaminamos en súbito peregrinaje hacia el vasto silencio esplendoroso y vivo de la deidad. Se renuevan los paisajes, los rostros, las entrañables manos en plegaria, la sagrada audiencia de un Logos que ya es nuestro. Una primera imagen nos conmueve y ha conmovido a todos los Padres, a todos los místicos, a todos los doctores: la imagen de la tienda que planta el Verbo en el desierto de las sombras *kai eskénosen en hemin*, frase de vastas resonancias en la teología mystica de los Padres griegos.

Digamos ahora dos palabras de este inmenso tema que sobrecoge, y empecemos por la ribera más modesta. El griego dice *en hemin*, repitiendo y variando una melodía que abre el prefijo *en*: *en arkhé*, *en autoo*, *en te skotía*, *en too kosmoo*, *en hemin*, melodía del entrañamiento que sigue un curso significativo hasta el giro *en hemin*. Después del versículo 14 desaparece el giro, pues "en nosotros" está colmada la unión teándrica.

Ese giro pues en la sonancia del griego joánico, en la resonancia de la melodía cuyos intervalos he señalado en un tetragrama ideal, en la consonancia con la curva que prosigue equilibra el sentido místico del frágil ámbito que inhabita la deidad, la frágil tela que cual tienda del desierto yergue el Verbo inexpresable. Porque la carpa del Nómade divino que apenas parece posarse sobre el mundo se afinca en realidad entre los hombres, no sólo en un diálogo, un convivio, una concordia, sino en el entrañamiento de natura con natura, Logos con logos, rostro con rostro. Todos los paisajes son abolidos en súbita fulgencia. Todo resplandor es derogado en más súbito despliegue de insólitos contornos. Son allanados todos los abismos del alma en fuentes de diáfanas riberas. Todo dolor es compartido en secretos aledaños de la llama estremecida. Toda lágrima al fin es fuego constructivo y concipiente, resonancia de un fuego ocultísimo, pero diáfano y amigo.

Curiosamente la sucesión de las cinco expresiones *en arkhé*, *en autoo*, *en skotía*, *en too kosmoo*, *en hemin*, es decir las cinco notas que definen los intervalos se reparten en tres campos sonoros. El primero, el absoluto y originante, que colocaríamos en un *La* del Modo 1 gregoriano; luego su contraparte que definiría en profundidad la octava de la sombra, fuera del tetragrama; y luego retornaríamos como es común en ese modo al *Fa* del cosmos y al *Re* del hombre, donde se allana el modo melódico, donde se allana Dios. La *skotía*, es decir la tiniebla, divide los dos campos, Dios y el cosmos, el Logos y el hombre, que se religan finalmente en la nota final. La

tiniebla queda fuera de ese campo, que es vida, que es luz, que irradia y repliega como dijimos la tiniebla erosiva, la terrible sombra que se cierra en su propia codicia entitativa.



Hemos llegado pues al centro de la katábasis del Logos, la asunción de la carne, el entrañamiento recapitulatorio y beatífico en la natura del hombre: y aquí ocurre el sorprendente pasaje de la audición a la visión. Hasta aquí no hay en el griego de San Juan un solo término que aluda a la visión, ni siquiera la más mínima presunción semántica sobre los ojos. Luz y tiniebla disuenan con valores inteligibles absolutos, no en tanto que ver o estar ciego.

El giro acaece de modo imprevisto porque en el contexto del pasaje –el denso v. 14– comienza en realidad la curva del ascenso: *et vidimus gloriam eius* (*kai etheasámetha ten dóxan autou*). Contrapuesta a la *skotía* histórica y arcangélica, contrapuesta a la fragilidad de la tienda en el desierto, resplandece la *doxa* en la visión del Hijo del Hombre, en la visión de Cristo. El texto prolonga la frase con una repetición característica que con vuelo sorprendente retorna al misterio del Monógeno en la Vida Trinitaria. El ascenso es en realidad un vuelo que de pronto no sólo ciega en una lumbre refulgente, sino en el incógnito despliegue de un abismo en el abismo: a Dios nadie vio jamás, y entonces otra vez en sorprendente resonancia del Logos que oye y es oído, retornamos al mundo del oído en el verbo *exegesato* (*enarravit*). Pero este *enarravit* es ahora de Cristo histórico, el que vio y oyó San Juan. Y así construimos las dichosas escalas de la audición celeste: audición eterna del Logos, audición de la natura humana del Logos (en la tiniebla de la *sarx* y en la luz transfigurada); audición de la palabra divino-humana de Cristo por el Apóstol; audición del himno del Apóstol (o sea el Evangelio) por sus discípulos; refulgencia de ese himno hasta el presente, en el culto, en la Iglesia, en la teología, en los Padres, hasta esta precaria audición que aquí intentamos en la tiniebla de la Iglesia, entre estos muros débiles y escasos. ¡Cómo traducir las delicadas sonancias del griego, que ya en latín se aminoran al cambiar la voz del verbo, y en castellano al desaparecer el vínculo entre el prefijo y la semánti-

ca verbal griega, en esta palabra *exegesato*, del vocabulario religioso helenístico!

De todas maneras hemos culminado el itinerario de anábasis con el nombre de Cristo-Monógeno que oye y ve, con la carne transfigurada, el misterio inefable de la esencia trinitaria. Hemos alcanzado la pura lumbre teándrica que une en sucesivos repliegues y ascensos la luz cósmica con el cosmos transfigurado, la mente del hombre y su cuerpo órgano de lumbre con la luz inteligible, la luz inteligible y sus ideas eternas insumidas en el Logos inhumanado, en fin la Luz absoluta del Logos Monógeno, que es el Cristo histórico, en tanto anuda y sobreleva esta vasta curva en el *sinus Patris*.

Ningún paisaje queda obsoleto, ninguna palabra inexpresada, ningún oculto fuego sin corona de llamas innovantes. Pues el misterio de la *arkhé* que es principio y no poder, otorga ahora el magno poder del oro que refulge sin tiniebla, *lumen de lumine*; el misterio de la *sarx*, del hombre ensimismado que fue sólo poder se trueca en principio de la visión teándrica del Monógeno, la más absoluta novedad de cuantas pudo soñar la mirra de las amargas derelicciones en tiniebla; y en fin el misterio de la entrañable Deidad fecunda, misterio del *kolpos* inaccesible y fundante, comparte con los hombres a través del Monógeno y con los ángeles a través de los hombres la fundación exultante de una Beatitud que en el incienso encuentra el signo de un entrañable anhelo: compartir todo con todo.

Amigos del Instituto:

Frágil es lo dicho, más frágil el saber que lo sostiene frente al magno despliegue de un sobrio texto divino, espejo a su vez del entrañable acontecer de la deidad incircunscripta, circunscripta sin embargo por la curva inteligible, melódica y geométrica de esta parábola indeficiente. Por ella sabemos pues que la deidad fecunda se entraña con el hombre, por éste con el cosmos y la palabra, y por ésta se hace verbo del Logos, que nosotros oímos en el himno de San Juan. Frágil es lo dicho. Más frágiles empero, ante la resonancia del Logos, resultan las potencias de la carne, la *thélema sarkós* que dice el texto, la presunción intramundana que nos abruma no sólo en el espacio en que siempre transcurrió su fuerza corruptora, sino en el contexto de la Iglesia y por ella en la entera cristiandad en tinieblas.

En estas circunstancias innegables es muy difícil convencer sobre la urgencia de la vida contemplativa, del ocio que intelige y crea, del canto que cobija y funda. Es muy difícil además el trasiego generoso, la virtud modesta que sabe crecer o decrecer con un ritmo que concilie.

De todas maneras es preciso meditar, reflexionar, estudiar, enseñar, pues en la oscuridad que sobreviene nada que sea del Logos quedará abandonado por su lumbre, nada que tenga la nostalgia de su Vida desfallecerá totalmente como si no existiera la Beatitud fecunda, nada que asuma el más débil destello de su fulgor inexhausto quedará replegado en la tiniebla erosiva. Esta sagrada certeza, que finca en cada párrafo de San Juan, devuelve en cierto modo la inocencia a las cosas gastadas y despierta la mente al fervor de incógnitos rumbos y paisajes. Nuestro destino es definir y transitar ese espacio, porque parece que una lejana campana, la nítida campana de una niñez conmovida, envuelve en su tañido imperioso los montes y los llanos y a su modo define la exultación del Logos: oír y ser oído. Tal sería el testimonio más denso de nuestra precaria existencia, que entraña sin embargo de algún modo la divina certidumbre del Logos profirente y proferido. En estas aulas diáfanas donde impera el Prólogo iniciático siempre nos ha signado con su fulgor el otoño de sagrados penetrales en que madura nuestra cruz silenciosa. Inscripta en la parábola del texto apenas si gravita por la fuerza sorprendente de su ritmo, pues todo vuelve contra el peso de la *sarx* que gira hacia su centro, todo asciende al nítido signo del Apóstol: oír y ser oído.